

Cuando la equidad muere: del progreso compartido al “sálvese quien pueda”

Autor: Miguel Ángel Lobo Rueda

20/04/2025

Simbología nazi en mítines políticos, la crueldad y la discriminación convertidas en discurso legítimo, la cooperación multilateral sustituida por una puja imperial, y el retroceso de derechos y conquistas sociales que tomaron décadas de lucha. ¿Cómo llegamos aquí? ¿En qué momento la equidad dejó de ser el estandarte del desarrollo?

La de nuestros días parece ser una coyuntura extraordinaria. Hacía mucho que el mundo no se encontraba en una situación donde la espectacularidad y la inestabilidad fueran el menú diario en las portadas de los periódicos. El diálogo y la diplomacia, tanto en la política como en la ética de las relaciones humanas, hoy parecen enfoques anacrónicos. La batalla cultural ha saltado del discurso teórico y el análisis político para instalarse en las calles de tu barrio, en los comentarios de tus vecinos, amigos y familiares. Y todos parecemos estar bien armados con opiniones, no siempre bien informadas. El proyecto colectivo de progreso compartido parece estar en pausa, si no perdido por completo. Pero ¿acaso ocurrió sin que lo notáramos? ¿En silencio?

Este colapso ha sido cocido a fuego lento durante décadas y, como la caída del Imperio romano, su materialización fue gradual... hasta que de pronto, todo se vino abajo, sucumbiendo al avance del propio fenómeno. La mecha que encendió esta transformación, y la base filosófica que sostiene los vientos políticos y económicos actuales, puede rastrearse en autores como Ayn Rand, que ya desde el siglo pasado glorificaba el individualismo como fundamento del bienestar y el progreso. Como han señalado Mònica Clua-Losada y Rodrigo Guimaraes Nunes en su reciente visita a Madrid durante las jornadas Otra Economía está en Marcha, la atomización de nuestras sociedades ha sido el motor que, incluso tras el desastre de la crisis de 2008, legitimó una agenda que apelaba al olvido silencioso de los derechos colectivos y exacerbaba el protagonismo del yo.

Según los autores, esta no es una tendencia nueva. Desde hace décadas, los asuntos colectivos vienen en retroceso. Pero con la digitalización de la vida social, hemos entrado en una fase de aceleración de un neoliberalismo cada vez más autoritario. El sueño de los años sesenta de cambiar el mundo resistió lo que pudo, pero su institucionalización terminó reduciéndolo a un conjunto de promesas vacías. Las masas de trabajadores, jóvenes y minorías que esperaban conquistar democráticamente los sistemas económicos y políticos se toparon con una acción decepcionante, indistinguible de los discursos de los partidos tradicionales. La revolución se ha puesto saco y corbata y con esto ha enterrado su coherencia.

Así, frente al desengaño y la decepción generada por los que se abanderaron con la justicia social ha surgido un movimiento reaccionario global que apunta al individuo como único responsable de su destino: "tú y solo tú eres responsable de tu devenir". Una postura que no solo ha herido de muerte el abordaje de las grandes crisis colectivas, como el cambio climático, la migración o el crecimiento de los conflictos armados, sino que también ha reformulado el discurso en el que habitamos. La esperanza en un cambio sistémico ha sido reemplazada por el "sálvese quien pueda".

Con las conquistas sociales, como el trabajo digno o el acceso universal a derechos básicos, reducidas a la categoría de temas irresolubles, hoy predomina la idea de que las condiciones sociales son un asunto estrictamente individual. "No importa si el inmigrante, el negro o el pobre no tienen casa, mientras yo la tenga, me basta." Un enorme juego de suma cero que solo ganan los más capaces, mejor preparados y más despiertos. Una visión que recuerda al darwinismo social de autores como James Dale en *El individuo soberano*, fundamento ideológico de los "superhombres" hiperproductivos y la cultura emprendedora que prolifera en redes sociales y medios de comunicación.

Pero ¿cómo puede un ideal así sobrevivir a fallos tan evidentes como la crisis del 2008? ¿Cómo logra sostenerse pese a las promesas incumplidas de una élite que no resuelve los problemas de vivienda, seguridad alimentaria o encarecimiento de la vida? La clave parece estar en el "salario psicológico" de aquellos a quienes nunca apeló realmente la lucha por los derechos colectivos. Colectivos que alguna vez gozaron de una posición levemente ventajosa frente a las minorías y que aún hoy buscan escalar socialmente, aferrados a la promesa de una riqueza que nunca llega.

Su lealtad a esta nueva agenda individualista se mantiene en la medida en que perciben avances simbólicos: la "recuperación de derechos" que antes se consideraban vetados, como el de opinar y actuar de formas que fueron socialmente inaceptables. Racismos, machismos, xenofobia y otras formas de violencia que parecían en retroceso han encontrado en esta coyuntura un nuevo espacio para legitimarse. "No tendrás para comprar huevos en el supermercado, pero al menos puedes ser políticamente incorrecto en internet".

Entonces, ¿qué nos queda?

La ventana de Overton se desplaza hacia extremos que ya no permiten negociaciones sutiles. El punto medio entre un racismo estructural y una posición que lo tolera sigue siendo racista (por dar un ejemplo). La narrativa de los antiderechos y la crueldad política no parece resolverse con herramientas tradicionales de negociación. Tampoco podemos esperar el colapso para actuar: muchas de las crisis que hemos olvidado están a punto de estallar violentamente.

Nos queda el intento de construir un nuevo paradigma. Uno que solo será posible desde un sistema político y económico que analice, sin romanticismos, el que hoy vemos colapsar y se atreva a edificar algo nuevo desde la oposición radical a la crueldad y el sadismo. Esa misión solo puede iniciarse desde espacios de discusión, reflexión y, a menudo, desde el doloroso pero necesario análisis que permiten colectivos como Economistas sin Fronteras.